

El cine desbordante. Pedro Almodóvar.

El camino de los sueños es incierto, pero, algunas veces puede determinar el destino. La infancia, espacio de la fantasía por antonomasia, está caracterizada por esa bruma de futuro en que se pergeña aquello que se desea confundido con el anhelo de lo que realmente apasiona. Pedro Almodóvar (Calzada de Calatrava, 1951) fue un niño que soñó el cine en las áridas tierras de La Mancha y Extremadura. Cine y literatura eran el antídoto a una soledad que se quebraba con la llegada de libros por correo y el mecánico traqueteo del cinematógrafo. Soñar era posible gracias al ingenio que convertía las imágenes fijas en narraciones que atrapaban su espíritu y rompía la dimensionalidad de su existencia para penetrar en otras. Capra, Edwards, Wilder, Bergmann, Truffaut, Godard o Pasolini educaron a un solitario que, a través de la mirada de otros, terminó generando una enorme fuerza y una extraordinaria sensibilidad.

El traslado a Madrid fue el comienzo de su ambivalencia: la del trabajador de Telefónica por la mañana y el del iconoclasta travestido por la noche, que pertenece, agita, uno de los más decisivos movimientos culturales de la democracia, la Movida. Este periodo se trasladó a su obra a través del conocimiento de la clase media y los movimientos contraculturales adaptados a su criterio cinematográfico. Eran tiempos de rebelión y locura, de cortos en Super 8 sin sonido, acompañados por sus comentarios sobre la historia o la dirección de actores. *Performances* plenas de imperfecciones técnicas, subsanadas por la frescura y su carácter desvergonzado. Esa manera de entender y concebir la imagen se convirtió en la fórmula de su obra: amistades underground, estética del delirio y una vida plena que se concretó en *Pepi, Luci, Bom y otras chicas del montón*, (1980).

Su cine ha transitado por toda aquella espinosa iconosfera social de las dos Españas superando el arquetipo de toreros y manolas para dibujar un país marcado por la libertad. Dinamitó el cliché de la identidad nacional con homosexuales, travestís, punks y drogadictos, personajes para el pecado y la degeneración, que conocía de sus experiencias culturales. Superaba la tradición, pero inexcusablemente, estaba ligada a ella. El paisaje severo, la presencia de la muerte, la sexualidad, la contradicción de eros y thanatos, la España que renace con los estigmas del pasado, tamizado a través de su particular punto de vista. El kitsch inunda su obra que va del pop sucio, teñido de contracultura, al melodrama contemporáneo que interpreta la mejor dimensión del cine clásico norteamericano.

Las mujeres son fundamentales. Sus protagonistas son independientes, fuertes, condenadas por diversas circunstancias a una terrible soledad, a no ser capaces de adaptarse al papel para el que han sido educadas. La chica Almodóvar no es un adjetivo aleatorio. Resume la ruptura de la concepción tradicional de la familia que desplaza a un espectro más complejo, pero más satisfactorio emocionalmente, en que las mujeres viven un maremagno de sensaciones incontrolables a través de las que canaliza y muestra su intensidad emocional.

No debemos olvidar a Agustín, el eficaz cerebro que consolidó al genio. Convertido en productor de “El Deseo”, le otorgó la libertad creativa y apuntaló su presencia en los medios de comunicación, difundiendo y consolidando su obra internacionalmente. Era la oportunidad de ser propietarios de una obra consolidada. Agustín ha sido, es, el único testigo que ha tenido a lo largo de su carrera y quien mejor ha entendido su obra.

Su actualidad está determinada por la calidad de su cine y la controversia que levanta. Tiene detractores que consideran el cine un ejercicio referencial antes que un espacio de creación y los que mantienen el *statu quo* de una sociedad anquilosada en un pasado extinguido. Almodóvar tiene un débito particular con el Hollywood clásico pero, lejos del ejercicio de estilo, mantiene un concepto novedoso en que la película responde a su particular original universo creativo. Cita a los que educaron su mirada, pero su potencialidad narrativa termina por difuminarlos. Para el director el cine es un hecho artístico que no acaba en la película, se extiende a un sinfín de manifestaciones que han determinado un registro, una marca propia en que la eclosión del color es deudora de los pintores de la movida.

Almodóvar es uno de los nombres referenciales de la Historia del Cine, reconocido como uno de los directores más personales del panorama actual. Como si se tratara de un cuento borgiano, el niño que soñó imágenes en blanco y negro se ha convertido en parte de ese sueño a color que ilumina nuestra generación y estimulará, sin duda, a las generaciones venideras.

Juan Agustín Mancebo Roca